

EL AMOR



Y OTROS

CHOQUES

DE TREN





un sello de
V&R Editoras

- **Título original:** *Love and Other Train Wrecks*
- **Dirección editorial:** Marcela Luza
- **Edición:** Melisa Corbetto con Stefany Pereyra Bravo
- **Coordinación de diseño:** Marianela Acuña
- **Diseño de interior:** Silvana López
- **Arte de tapa:** Helen Crawford White
- **Diseño de tapa:** Katie Fitch

© 2018 Leah Konen

© 2019 V&R Editoras

www.vreditoras.com

Los derechos de traducción fueron gestionados por Taryn Fagerness Agency
y Sandra Bruna Agencia Literaria, SL.

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley,
la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios
electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma,
sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA:

San Martín 969 piso 10 (C1004AAS)
Buenos Aires
Tel./Fax: (54-11) 5352-9444
y rotativas
e-mail: editorial@vreditoras.com

MÉXICO:

Dakota 274, Colonia Nápoles, CP 03810,
Del. Benito Juárez, Ciudad de México
Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621
01800-543-4995
e-mail: editoras@vreditoras.com.mx

ISBN: 978-987-747-532-6

Impreso en Argentina por Buenos Aires Print · Printed in Argentina
Mayo de 2019

Konen, Leah
El amor y otros choques de tren / Leah Konen. - 1a ed. -
Ciudad Autónoma de Buenos Aires : V&R, 2019.
336 p. ; 21 x 15 cm.
Traducción de: María Victoria Echandi.
ISBN 978-987-747-532-6
1. Narrativa Juvenil Estadounidense. 2. Novelas Románticas.
I. Echandi, María Victoria, trad. II. Título.
CDD 813.9283

EL AMOR



Y OTROS

CHOQUES

DE TREN

**LEAH
KONEN**



Traducción: María Victoria Echandi





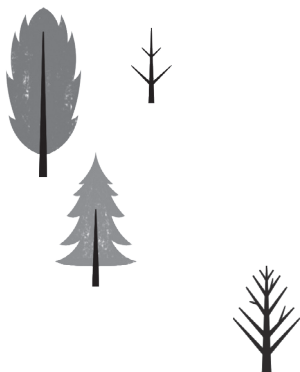
PARA MI HERMANA, KIMBERLY.

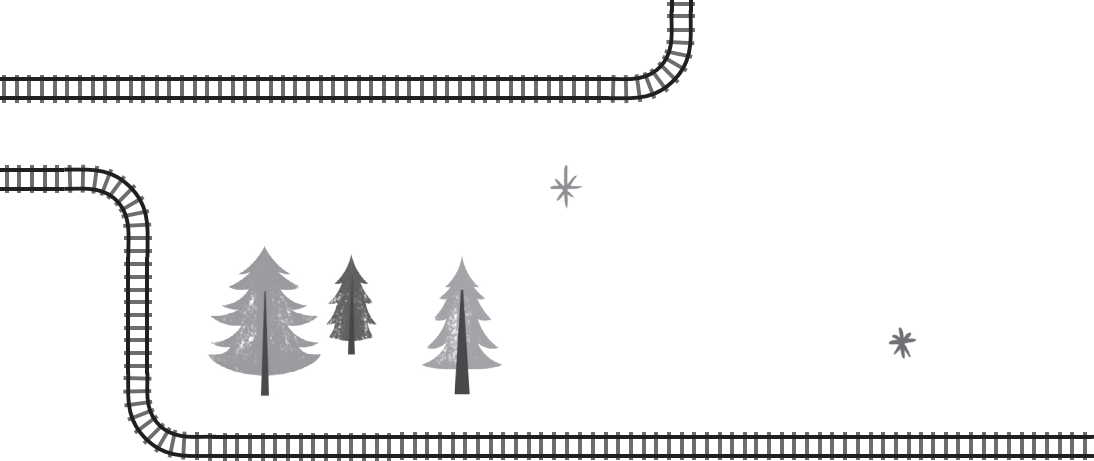
MI PRIMERA LECTORA Y FANÁTICA EN LA VIDA.





PRIMERA PARTE
EL TREN





AMMY
11:23 A. M.

El tren no es ni la mitad de lo romántico que pensé que sería.

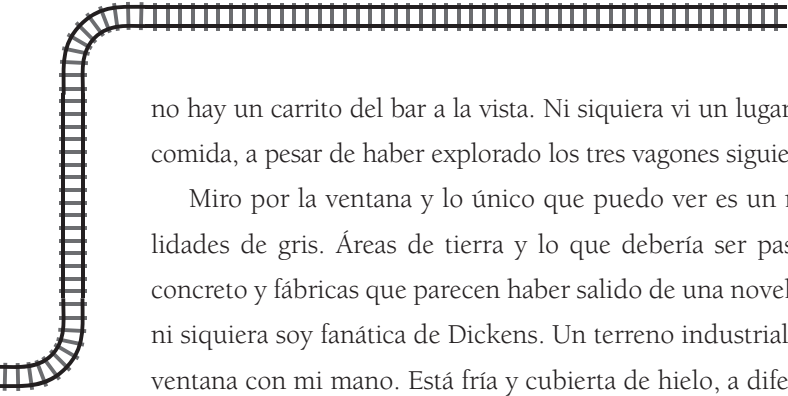
No suelo ser fantasiosa, pero vamos, es un tren. Me había imaginado a los carritos de metal del bar circulando por los pasillos, personas mirando por la ventana, observando los paisajes de la zona rural, periódicos desplegados y el sombrero del conductor levemente inclinado. Me había imaginado mujeres en vestidos y pantimedias y a hombres de traje.

Supongo que he visto demasiadas películas.

Y, a estas alturas, ya he aprendido que nada es como en las películas. Especialmente nada de lo que sucedió este año.



En este momento, estoy en un Amtrack, un tren que luce como una bala de plata, cuyos movimientos no pueden alejarse más de los de una, avanzando a lo largo de la costa este. Los asientos están cubiertos por una tela áspera estampada de poliéster azul que debe haber sido diseñada antes de que yo naciera, y



no hay un carrito del bar a la vista. Ni siquiera vi un lugar para conseguir comida, a pesar de haber explorado los tres vagones siguientes.

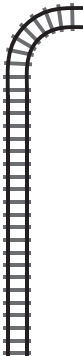
Miro por la ventana y lo único que puedo ver es un millón de tonalidades de gris. Áreas de tierra y lo que debería ser pasto. Bloques de concreto y fábricas que parecen haber salido de una novela de Dickens, y ni siquiera soy fanática de Dickens. Un terreno industrial baldío. Toco la ventana con mi mano. Está fría y cubierta de hielo, a diferencia del calor sofocante que se siente aquí dentro, causado por demasiadas personas vestidas con demasiadas capas de abrigo.

El tren está repleto. Hay un tipo desaliñado de traje, luce como si ya hubiera salido del trabajo hace un tiempo, pero sigue usando su traje como si fuera el vestido de novia de la señorita Havisham. Su sudor forma un estampado estilo Rorschach en la camisa blanca que tiene debajo del blazer arrugado.

Y definitivamente no hay señoritas en vestidos y pantimedias, como en las películas viejas, por lo menos no hay ninguna a la vista. Casi todos están vestidos como yo: jeans y suéter de lana gruesa, con un montón de bufandas, gorros y guantes. Parafernalia diseñada para el frío exterior, no para el calor que hace aquí adentro.

Todos están concentrados en sus teléfonos o en sus iPads y, aunque el guarda sí lleva puesto el gorro de conductor plano característico, tiene, sin dudas, una manera brusca de decir “¡Boletos, por favor!” que deja en evidencia, para todos los que puedan escucharlo, que desea estar en cualquier lugar menos en este tren. Nada de esto es remotamente pintoresco o romántico. Pero, bueno, tampoco lo es esta estúpida idea de último minuto.

Suena mi teléfono, me pongo de pie para sacarlo del espacio superior para guardar equipaje y casi me golpeo la cabeza. Mi metro setenta y dos



de altura no deja mucho espacio libre. Mi bolso de cuero rojo –regalo de cumpleaños de mi papá, enviado por correo exprés desde Hudson, Nueva York tres días *después* de mi cumpleaños– está acomodado entre mi maleta con grandes ruedas y tres o cuatro bolsas de plástico brillantes que son de *Century 21*, una gran tienda de ofertas de ropa de diseñador. Jalo mi bolso con las dos manos, pero en el proceso mi maleta comienza a abalanzarse. Mi bolso rojo cae a mi lado, pero logro detener a la maleta antes de que cause un daño mayor.

A mi derecha, veo a un hombre de mediana edad mirarme como si fuera la cosa más inútil del planeta. Su esposa clava su mirada en la bolsa de plástico, como si fuera a arruinar lo que sea que llevan allí (lo lamento, pero no lo lamento). Si esos dos no hubieran puesto tantas cosas en el compartimiento superior, tendría un poco más de espacio para maniobrar.

Mi teléfono deja de sonar mientras sigo sosteniendo la maleta con ambas manos. La empujo un par de veces, pero parece que no quiere volver a encajar con las bolsas de plástico, que ya se inclinaron sobre mi espacio. Así que la bajo lentamente y la dejo caer en el asiento que está a mi lado. Sé que probablemente no *debo* ocupar un asiento con mi maleta, pero es un viaje de tren de cinco horas y voy por la hora tres y, siendo sincera, me gustaría evitar un compañero conversador a toda costa.

Me siento y me inclino hacia adelante para levantar mi bolso rojo del suelo y mi teléfono empieza a sonar otra vez.

–¿Vas a responder? –la mujer que está frente a mí se da vuelta rápidamente. Solo Dios sabe qué lleva en esas bolsas de plástico que hace que esté tan frustrada conmigo. Tal vez, así son en Nueva York.

Me encojo de hombros y busco mi teléfono en mi bolso. Todos parecen saber cómo hacer esto de viajar en tren mucho mejor que yo.

Pero no es mi culpa. Este viaje de último minuto no estaba en mis

planes. Estaba cien por ciento convencida de que no iba a ir hasta que llamé a Kat, mi casi hermanastra, ayer por la noche. Lo había decidido hace meses.

“Ven. Quédate con nosotros toda la semana. Te arrepentirás si no vienes. Será sencillo”.

Esto no es sencillo, ni por asomo.

Hurgo entre los libros y las cosas que metí en el bolso esta mañana y mi teléfono no deja de sonar. Mis hombros se tensan, espero a que la mujer diga algo más, pero finalmente, lo encuentro entre *Madame Bovary* y *Tokio Blues*. Como lo sospechaba, es Kat. Podría jurar que es la única persona de nuestra edad que prefiere llamar por teléfono a enviar mensajes de texto.

—Ey —saludo y siento como se me acelera el pulso apenas respondo.

No es ella la que me pone nerviosa, es toda la situación.

Se supone que la familia no tiene que tener ese efecto sobre uno. Pero se supone que la familia debería ser muchas cosas que, durante el último año, me di cuenta de que no es.

—Dime que tu mensaje no fue una mentira. Dime que *efectivamente* estás en el tren —como siempre, la voz de Kat tiene ese tono jovial y arrogante parecido al de una chica de clase alta despistada que tomó demasiado café.

—Efectivamente, estoy en el tren —replico. La mujer que está en frente a mí revolea la cabeza, como si estuviera hablando demasiado alto, aunque, en mi humilde opinión, estoy hablando en un volumen completamente normal.

Kat chilla e, instintivamente, alejo el teléfono de mi oreja.

—Oh, por Dios —dice—. Estoy tan emocionada. Literalmente, vas a rescatarme del caos monumental que será el día de hoy.



Generalmente, aprovecharía la oportunidad para explicarle la diferencia entre figuradamente y literalmente, pero estoy demasiado angustiada por las palabras de mamá de esta mañana.

“¿Cómo puedes abandonarme justo *hoy*?”.

Sin importar el “caos monumental” que Kat piensa que tiene que soportar, lo que sea que esté pasando con el vestido de Sophie o con el cabello de Bea no tiene punto de comparación con mis últimas veinticuatro horas.

—Sabes que no estaré dando saltos de felicidad por mi papá y tu mamá, ¿verdad?

—Lo sé. *Dah*. Yo tampoco. Pero aun así, tu papá va a estar feliz. Ha estado decaído toda la semana. Te extraña.

Pongo los ojos en blanco y reprimo una risa amarga. Estoy segura de que me extraña. Estoy segura de que está pensando en mí en este momento. Estoy segura de que todo es “Ammy, Ammy, Ammy” en su cabeza. Quiero decir, ¿quién no estaría pensando en la hija que abandonó cuando está a punto de casarse con una instructora de yoga diez años más joven?

Soy lo último en lo que mi padre piensa, una nota al pie en su nueva vida que le recuerda su edad. Hasta me enteré de esta estúpida ceremonia por Kat antes que por él.

Kat no espera mi respuesta.

*

—¿A qué hora llegas?

—A la una y media. Todavía puedes pasar a buscarme a la estación, ¿verdad?

—Por supuesto, ¿en la estación Hudson?

—Sí.

—Perfecto —y añade—: Ya que estamos, le conté a Bea, pero a nadie más. Suspiro.

–Dijiste que no le dirías a nadie. Se supone que es una sorpresa.

Prácticamente puedo escuchar como Kat pone los ojos en blanco a través del teléfono.

–Es mi hermana. Y tu futura hermanastra. No va a decir nada. Además, está muy emocionada. 

Las palabras de Kat me afectan más de lo que deberían hacerlo. *Futura hermanastra*. Esto está sucediendo de verdad, a pesar de que legalmente no tenga ningún efecto. Bea y Kat de gala. Sophie, mi futura madrastra, en un atuendo bohemio blanco tiza. Mi padre profesando su amor por una mujer que definitivamente no es mi madre.

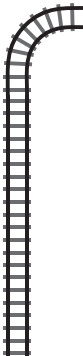
Mis ojos se disparan en dirección de las puertas del vagón y, por un segundo, deseo salir corriendo hacia el vestíbulo, accionar el freno de emergencia y decirles que den marcha atrás, que me lleven de vuelta a Virginia, donde podría darle un abrazo a mamá y pedirle perdón y decirle que todavía estoy de su lado, sin importar lo que pase.

Pero, al mismo tiempo, sé que volver atrás no mejorará las cosas. Que lo que mi madre y yo teníamos ya estaba quebrado, roto de una forma que no me había percatado hasta ayer a la noche.

–Pero estoy emocionada por verlas a *ustedes* –respondo, finalmente.

–Bueno, tengo que ayudar a mamá a planchar al vapor su vestido. Nos vemos pronto.

Kat termina la llamada de una manera muy Kat: corta antes de que pueda decir algo más.

Miro fijamente mi teléfono, deseando poder hablar un rato más con ella, deseando poder decirle cuán asustada estoy de que mamá no me perdone por esto, de estar haciendo algo completamente equivocado, de que papá no me quiera realmente allí, de que su nueva familia sea suficiente para él. 



Pero sacudo mi cabeza, haciendo esos pensamientos a un lado. Me abstengo de revisar mis mensajes y hundirme en el agujero negro que es la conversación con mamá, que puse en silencio hace una hora para preservar mi salud mental.

En cambio, reviso todas mis redes sociales y veo fotos de personas reunidas con sus familias haciendo las cosas que hacen las familias en vacaciones. Dara y su hermano subiéndose al avión para ir a Universal Studios. La chica más inteligente de la escuela volviendo de un viaje en coche a Carolina del Sur. Siento esa familiar puntada en el estómago de celos que experimento cada vez que veo una foto de una familia más o menos tradicional y me muerdo el labio intentando ignorarla.

En el fondo, sé que papá estará feliz de verme. Quiere que esté allí. Al menos, eso fue lo que me dijo por teléfono el mes pasado. Pero, de todas formas, sé que todo seguiría sin ningún problema si no fuera. Ya no soy su única familia. Mamá ya ni siquiera es parte de ella. Estamos en un segundo puesto. Y eso duele.

Miro por la ventana, busco una distracción, aunque sea en ese horrendo paisaje industrial, pero está completamente oscuro, y solo puedo ver sutiles rastros de grafitis sobre las paredes de concreto del túnel.

Debemos haber llegado a la parada en Penn Station, y ni siquiera me di cuenta. Recuesto mi cabeza sobre el vidrio, siento la fría condensación y bloqueo el sonido de las puertas abriéndose y de pasos invadiendo el tren.



Quiero dormir hasta llegar y no preocuparme por nada de esto. Quiero que sea mañana, quiero que se termine este estúpido día. Quiero sentarme en la habitación de Kat, mirar repeticiones de *Friends* y decidir en qué lugar con precios demasiado altos iremos de *brunch*.

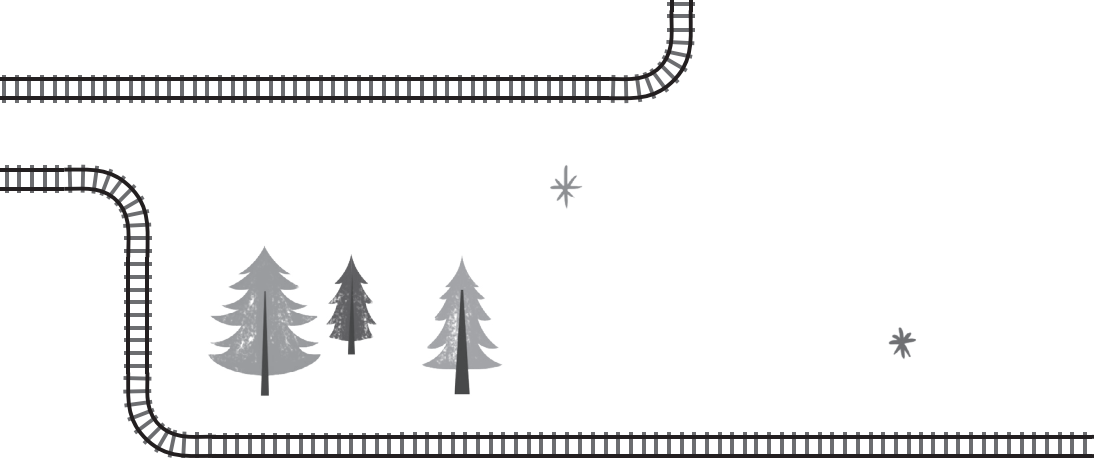
Mis ojos están completamente cerrados cuando escucho la voz impaciente y con urgencia.

–Disculpa.

Y luego, otra vez antes de que tenga oportunidad de moverme.

–*Disculpa*. ¿Puedo sentarme aquí?





NOAH
11:29 A.M.

Siempre se puede detectar a alguien que viaja por primera vez en tren. Normalmente, intento ayudarlos. Repito el mismo discurso: les explico que deben presionar el botón para que se abran las puertas que unen a los vagones, les indico dónde está el carrito de la comida y les advierto que eviten el burrito Santa Fe a toda costa; es divertido. Sin embargo, hoy estoy demasiado nervioso como para molestarme. Estoy demasiado preocupado por Rina.



El tren está sorpresivamente lleno para ser mediodía, nadie debería estar viajando a esta hora. Supongo que muchas personas todavía están de vacaciones por las fiestas, como yo, aunque ya es tres de enero.



La chica parece estar medio dormida, la condensación de la ventana ha apelmazado su cabello corto castaño oscuro.

Apunto a su maleta, la señal reveladora. Típico error de novato.

–El tren está lleno. Así que mmm... tienes que mover eso.

–Ah –dice–, sí.

Se pone de pie. Es alta y temo que se vaya a golpear la cabeza con el compartimiento superior, pero no lo toca, sobran unos centímetros. Luego, levanta la maleta sobre su cabeza.

Dejo las flores en el asiento y me acerco para ayudarla, tomo el borde de la valija para equilibrarla. Percibo un sutil aroma a menta que emana de su cabello.

–Yo puedo –dice con aspereza. Le da un empujón firme y el equipaje se desliza como la pieza de un rompecabezas.

–Gracias –respondo–. ¿Estas bolsas son tuyas? –pregunto señalando tres bolsas de *Century 21*.

Niega con la cabeza y no me sorprende porque no parece ser del tipo que pasea por pasillos abarrotados de gente en búsqueda de porquerías de diseñador. Me inclino hacia ella y le doy un empujón a las bolsas para que no estén en nuestro espacio. Una señora en frente de nosotros me fulmina con la mirada, pero está suficientemente familiarizada con el protocolo de viajar en tren como para no discutir. Meto mi mochila arriba de todo, tomo las flores antes de sentarme y las dejo sobre mi regazo.

La chica se detiene un segundo demasiado largo en las flores, pero no dice nada.

Examino los pétalos con cuidado. Dos de las flores están un poquito machacadas.

¿Rina se dará cuenta? Sí.

¿Le importará? Espero que no.

La chica aferra el boleto en su mano. Tiene un suéter oscuro demasiado grande y pantalones desteñidos. Definitivamente es del tipo académico, de

seguro está en camino a un recorrido por la Universidad Bard, la escuela de artes liberales que está cerca de mi pueblo.

Rina solía quejarse de los estudiantes de Bard que pasaban por el restaurante donde trabajaba hace dos veranos. Decía que todos eran especiales y que no paraban de hablar de detonantes emocionales y cosas así. Odiaba las características ultraliberales y la tendencia de cariño físico de Bard.

Por otro lado, amaba a la gente que venía de la ciudad, aunque, si me lo preguntas, la mitad de ellos eran igual de “especiales”. Es gran parte del motivo por el que añadí a Hunter a mi lista el año pasado y por qué, finalmente, decidí ingresar. Aunque los estudiantes de Bard nunca me molestaron. Aunque Rina y yo una vez tuvimos un largo debate sobre si los detonantes emocionales deberían existir. Ella ganó. No porque tuviera razón, sino porque Rina era buena para ganar discusiones.

En el fondo, Rina es una chica de ciudad, a pesar de haber sido criada en el campo. Tiene una filosofía de “nada de tonterías”. Encaja perfectamente con ella. Ama visitar a su papá en la ciudad, ama perderse en la búsqueda de bolsos de mano y comida pegajosa en el Barrio Chino, ama alquilar bicicletas públicas y pasear por Prospect Park, ama arrastrarme por Century 21 y llenar sus propias bolsas de plástico con porquerías de diseñador que, debo admitir, lucen bien en ella.

* Ella fue quien me acompañó en mis primeras visitas a Hunter porque, en ese momento, mis papás estaban actuando de manera egocéntrica y no eran muy conscientes de lo que sucedía a su alrededor. Ella fue quien me convenció de que la vida podía ser bastante genial en el Upper East Side de Manhattan.

Ajusto uno de los pétalos machacados para que luzca un poco mejor, reviso mi trabajo y decido, o *espero*, que sea suficiente.

Le echo un vistazo a mi compañera de viaje, ahora está leyendo a Murakami. *Definitivamente* es una chica Bard.

Honestamente, creo que el mayor problema de Rina con Bard es que está demasiado cerca de casa. Nunca sería un salto demasiado grande para ella. *

Sin tener en cuenta el costo ridículo, de seguro no hubiera tenido problemas en quedarme cerca de casa, si no hubiera sido por Rina. A diferencia de mí, Rina necesita aventuras. Si viviera un mes en la ciudad, con seguridad la conocería mejor que yo. Porque es del tipo de persona que doblaría por una esquina que no conoce y nunca miraría atrás.

Yo soy del tipo que mira atrás. Así fue cómo la perdí. Pero lo arreglaré con este viaje. No dudaré de mí, o de nosotros, nunca más.

Meto las flores en el bolsillo del asiento adelante de mí y muevo mis hombros hasta quitarme la chaqueta. Luego, miro alrededor. Frente a nosotros hay un tipo en un traje que ha visto mejores días, tipeando en una laptop viejísima.

Tomo mi bolso de estilo mensajero, el que uso para ir a clases, y lo coloco sobre mi regazo para buscar mi *Kindle* y luego lo ubico cuidadosamente debajo de mi asiento. He hecho este viaje tres veces, partiendo desde mi pequeño dormitorio universitario en la ciudad hasta el rancho de mediados de siglo de mis padres en Lorenz Park, apenas pasando Hudson. Pero siempre ha sido para visitar a mis padres. Ir a casa para las vacaciones de otoño, ocuparme de la ropa sucia, llevarme una olla con comida congelada para mi mini congelador. La rutina típica de un estudiante universitario de primer año.

Nunca había ido a casa por este motivo.

Enderezo las flores ligeramente, asustado de que puedan aplastarse todavía más si no tengo cuidado.



Intento concentrarme en las palabras en la pantalla, pero se desdibujan ante mis ojos, se fusionan unas con otras y se desordenan como una sopa de vegetales. No puedo dejar de pensar en Rina.

La chica a mi lado parece estar igual de distraída. Con un dedo marca el lugar donde dejó su lectura, se retuerce en su asiento y suspira con intensidad. Luce como si estuviera intentando, sin éxito, aprovechar al máximo los treinta centímetros que hay entre sus rodillas y el asiento delante de ella.

Me mira unos instantes a los ojos antes de desviar la mirada.

—¿No es el viaje romántico que esperabas? —pregunto.

Deja de jugar con su bufanda y me mira.

—Mmm, ¿qué?

Estaba intentando hacer una broma. El tren definitivamente no fue lo que esperaba la primera vez que lo tomé. Sudor rancio y asientos incómodos. Ella no parece estar teniendo la misma sensación.

¿Debería murmurar “no importa”? Tal vez.

¿Debería concentrarme en mi *Kindle* e intentar leer? Seguramente.

Pero la idea de pasar las siguientes dos horas preguntándome sobre cómo reaccionará Rina cuando me vea, de repente, se torna insoportable.

—¿Primera vez en el Amtrak? —pregunto, intentando sonar alegre.

* La chica se muerde el labio y se cruza de brazos, su abrigo apenas se asoma sobre mi lugar. Sus ojos están muy abiertos, demasiado alejados entre sí, como si siempre estuviera sorprendida, y su mentón es tan definido que es casi puntiagudo, parece un corazón enojado. Sus facciones son definidas en comparación con las de Rina, con su cabello castaño ondulado, su rostro redondo y su forma de inflar su labio inferior cuando quiere algo.

—¿Y a ti qué te importa? —replica.

Me río. Es como si estuviera intentando actuar como una neoyorquina conmigo, aunque su acento genérico de los suburbios y la falta de conocimiento de las reglas básicas de viajar en tren me hacen suponer otra cosa.

–Lo lamento –me disculpo–. Solo buscaba tema de conversación.

Pone los ojos en blanco y se da vuelta.

Lástima.

Vuelvo a mirar a mi *Kindle*, pero sigo sin poder concentrarme, así que lo meto en el bolsillo del asiento delante de mí, saco mi celular y abro los mensajes.

Tengo tantas ganas de escribirle a Rina. Tangas ganas. Quiero hablar con ella de nuevo.

Por supuesto el problema es qué decir:

“Ey, estoy planeando pasar por tu casa esta noche como un gesto romántico y, con un poco de suerte, volver a ganarme tu corazón. ¿Estarás por allí?”.

“¿Cómo está todo? ¡No hablamos hace tiempo!”.

“¿Alguna vez piensas en mí? Porque yo pienso en ti todo el tiempo”.

Cierro los mensajes. Todo lo que pueda decir sonará completamente ridículo. Por eso mismo tengo que hablar con ella en persona. Por eso mismo me tengo que apegar a mi plan.

Me encantaría poder ver su perfil de Facebook o Instagram. Me encantaría poder asegurarme de que no tiene un novio nuevo, aunque Danny ya me dijo que Cassie le contó que está soltera. Me encantaría poder ver algunas fotos recientes de ella, pero me bloqueó en todos lados el último verano, apenas rompimos. Está claro que a Rina le gusta hacer un corte limpio. Supongo que no puedo culparla.

Aparentemente, Cassie también dijo que cree que Rina a veces me extraña.



Reviso mis redes y veo a mis padres, sacándose una *selfie* en el barco, con el paisaje de las Bermudas de fondo. He intentado mantenerme positivo con respecto a esta situación, pero sigo un poco enojado con ellos por haberme abandonado este año y haber dejado nuestra casa vacía en las vacaciones de Navidad.

No es que Navidad sea importante para mí. Para empezar, somos judíos, así que no es como si fuera algo trascendente para nosotros. De todas formas, siempre disfruté de nuestro triste árbol falso y de las decoraciones brillantes. Me alegra que mi papá haya vuelto a vivir en casa y que le hayan puesto punto final al período de separación de prueba. Pero por muy contento que esté, no estoy seguro de que este “cruce para reavivar el amor” sea completamente necesario. Al menos no uno de doce noches. Me pongo nervioso de solo pensar cuántos préstamos estudiantiles extras tendré que enfrentar para compensar el golpe.

Por lo menos no estuve completamente solo en las fiestas. Mi compañero de habitación en Hunter, Alex, me dejó quedarme unos días con él y sus padres en su absurdo apartamento en la zona de Dumbo. Fue divertido ver el lado más lujoso de la ciudad. En Navidad, comimos salmón ahumado y alcaparras en el almuerzo y cenamos langosta y mejillones.

Aún así, hubiera preferido estar en Lorenz Park con mis padres, abriendo regalos debajo del árbol y ordenando comida china.

Y con Rina.

Miro fugazmente por la ventana y veo como la línea del horizonte se aleja cada vez más y es reemplazada por el crecimiento urbano incontrolable de Yonkers.

Supongo que debería agradecerles a mis padres, en realidad. Fue su viaje lo que hizo que me diera cuenta de cuánto extrañaba a Rina. Fue su viaje

lo que me hizo recordar que, a veces, las personas pueden separarse y volver a estar juntas.

Porque eso es lo que pasa cuando dos personas se aman mutuamente.

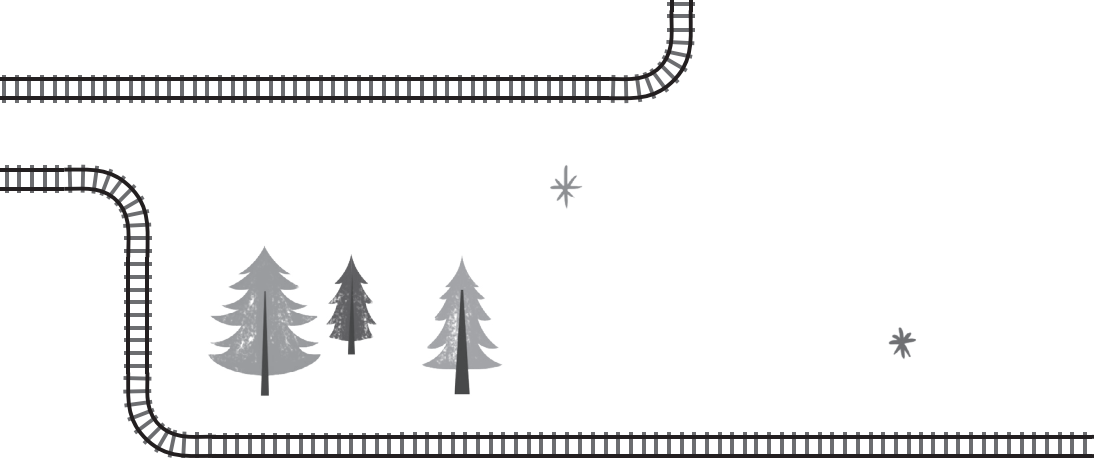
Le echo un vistazo a mi teléfono, voy de una red social en otra, pero no hay nada interesante. Así que vuelvo a tomar mi *Kindle* porque no tengo nada más que hacer.

–Diablos –mascullo entre dientes. Se quedó sin batería.

La chica gira la cabeza y me fulmina con la mirada, con una actitud repentina de arrogancia.

–Sabes, algo realmente curioso sobre los libros de verdad es que no necesitan batería.





AMMY
11:45 A.M.

El chico que está junto a mí me mira con la misma expresión que siempre tienen los chicos atractivos en general. Es como si estuvieran tan acostumbrados a sus rostros ultrasimétricos adorados por las masas que aprendieron a manipular sus rasgos faciales de manera socialmente aceptada. No puedo darme cuenta si está sorprendido, enojado o qué, pero, en realidad, no me importa. Tenía que decirle algo después del comentario (¿sexista?) sobre mis expectativas de una aventura mágica, que solo me enfadó más porque, siendo completamente sincera, dio justo en la tecla.



Pero *él* no tiene por qué saber eso.

Me acomodo en mi asiento áspero y echo un vistazo por la ventana. El terreno industrial baldío se transformó en árboles con la mitad de sus hojas caídas y en un cielo gris pálido con una pizca ocasional de algunos edificios de concreto horribles, cubiertos de grafitis. Supongo que todavía no hemos

llegado al paisaje verdaderamente hermoso. A pesar de todo, hay un río y, si giro mi cabeza hacia atrás, todavía puedo ver a la ciudad de Nueva York que, dedo admitir, es bastante gloriosa.

Luego, vuelvo a mirar al chico, cuya respuesta a mi comentario es mirarme fijo. Su piel tiene un tono oliva y su cabello es rizado. Lleva puesta una camiseta de los Pittsburgh Steelers, pantalones azul oscuro y una chaqueta de plumas naranja brillante debajo de un bolso estilo mensajero caqui con un prendedor de Taylor Swift en la solapa. Raro. Seguramente estudia negocios o algo así en la universidad.

Ha metido un ramo de rosas color rosado en el bolsillo del asiento que está delante de él, probablemente para la chica que esté interesada en él este mes y que, de seguro, está en una hermandad.

—Lo único que digo es que los libros de verdad son mucho más confiables —le doy una palmadita a la tapa de *Tokio Blues*—. Deberías probarlos alguna vez.

Se ríe y su expresión en blanco se transforma en una sonrisa que ocupa todo su rostro.

—Ah, ¿sí? ¿Debería?

Vuelvo a mirar a las flores. Rosas, tan cliché.

Es el típico tonto con cara bonita: deportista, aburrido, básico. Y uno del peor tipo. Ya saben, uno de los que cree que es un “buen chico”. Seguro piensa que por el mero hecho de seguir las instrucciones del *Manual para conquistar a una mujer* todo terminará de manera espléndida. Es del tipo que no se da cuenta que el romance no tiene sentido porque todos terminan lastimándose entre sí de todas formas.

Y eso lo sé por experiencia propia.

Ocurre hasta con personas que estabas cien por ciento convencida de que iban a estar juntas para siempre.

Dara y Simone dicen que soy demasiado cínica. Dara suele recordarme que sus padres también se han separado y que ella sigue bastante enamorada de la idea del amor. Simone dice que es natural ser cínico pero que muchos hijos de padres divorciados tienen relaciones felices.

Pero no lo entienden. Porque no fue una separación normal. Recuerdo a los padres de Dara cuando estaban juntos. Estaban deprimidos todo el tiempo. Los míos no. Juro que nosotros tres teníamos algo que funcionaba. Hasta que dejó de funcionar. Y cuando te sorprenden por la espalda con una cosa así, bueno, es difícil recomponerse.

El desconocido McBásico sigue sonriéndome. ¿Espera que le haga ojitos o algo?

Luego, inclina su cabeza hacia un costado y se estira en su asiento, sus pies tocan la parte inferior de la butaca delante de él.

—¿Murakami? —pregunta.

—Sí —respondo, bruscamente quizás—, ¿lo conoces?

—Auch.

Me encojo de hombros, ni siquiera sé muy bien por qué estoy siendo tan grosera con este chico, pero luego vuelvo a mirar a las flores y solo logran que me enoje más todavía.

Sophie ama las rosas. La estúpida invitación de papel madera que envió estaba cubierta de unas horribles ilustraciones de pequeñas rosas. Instantáneamente decido redoblar la apuesta en vez de retroceder porque estoy con ese tipo de humor y porque realmente no quiero compartir el viaje con un desconocido conversador, de todas formas.

—¿Qué tienes allí? ¿*El Código Da Vinci*?

Espero su respuesta conteniendo la respiración para ver si lo siente como un insulto. La mayoría de las personas se ofenderían, pero nunca puedes estar segura con este tipo de chicos. Justamente, este año, un chico

en mi clase de Lengua Avanzada preguntó si podía hacer su trabajo práctico de clásicos sobre James Patterson y no estaba haciendo una broma.

El chico cierra la tapa del *Kindle* y lo vuelve a guardar en su bolso.

—No es necesario ser cruel.

Me río, pero luego me doy cuenta de que se ofendió en serio. Pongo un dedo sobre mi libro.

—Ey, tú asumiste cosas sobre mí. Pensaste que era una pequeña niña tonta que esperaba un romántico viaje en tren. No tiene nada de malo que haga lo mismo contigo.

Inclina su cabeza hacia un costado, como si estuviera intentando entenderme y *no* quiero que me entiendan en este momento. Luego, se cruza de brazos, sus músculos se hacen notar en las mangas de su camiseta, un efecto del que seguro es consciente. Frente a nosotros, un hombre de mediana edad suelta una tos seca, ni siquiera quiero pensar en los gérmenes de la vil Nueva York que ahora flotan en el aire. Luego, la señora se da vuelta y me mira con su expresión ya característica, pidiendo silencio. Afuera, los primeros copos de nieve caen del cielo. Aparece el brinco familiar que siento en mi corazón cada vez que veo nieve desde que era una niña, pero se desvanece tan rápido como llega porque ya no soy una niña. Ya nada tiene la misma magia que antes, de todas formas.

No hace falta decir que, si nieva demasiado, Kat tendrá complicaciones para venir a buscarme a la estación.

El chico suelta una carcajada.

—¿Qué? —pregunto, me resulta imposible no contestarle al señor Básico. Y él sonríe.

—Sabes que leer Murakami no te convierte automáticamente en un genio. Todos los que quieren lucir inteligentes leen a Murakami. Además, tiene un concepto demasiado alto de sí mismo.



—¿Tú has leído a Murakami?

Suspira, gira en su asiento para enfrentarme y comienza a contar con sus grandes dedos.

—*Tokio Blues*, *Kafka en la orilla* y *1Q84* —pausa, analizando mi reacción y sonrío—. No te sorprendas tanto, ¿bien? No es tan complicado. Una página tras otra, como cualquier otro libro.

Cierro mi libro y tamborileo mis dedos sobre mi rodilla, lista para ganar esta batalla.

—Y, en este momento, ¿qué estás privado de leer? ¿Qué tienes escondido en ese pequeño *Kindle* que no enciende?

Su sonrisa se ensancha.

—*Sinsajo*. Ya sabes, el tercer libro de *Los juegos del hambre*.

No puedo evitarlo. Estallo de la risa.

—¿Murakami está sobrevalorado pero *Los juegos del hambre* no lo está? Por Dios.

—Sabes, yo pensaba lo mismo hasta que mi nov...

Se detiene y su sonrisa desaparece en una ráfaga.

—Mi exnovia me persuadió para que los leyera —dice—. Y son geniales. Solo te engañas a ti misma.

Vuelvo a mirar a las flores. ¿Qué está intentando hacer? ¿Reconquistar a una chica? *Oh, cielos, este chico es una caricatura de sí mismo.*



Echo otro vistazo por la ventana. La velocidad del tren hace que la nieve parezca épica, rápida y animada, como si estuviéramos en el principio de *Space Mountain*, la parte antes de que empiece la montaña rusa, donde todas las estrellas te rodean. *Los juegos del hambre*, pienso con amargura. El verano pasado, mi papá no paró de insistirme para que los leyera, influenciado por su nueva familia tradicional. Mientras mi madre tomaba calmantes para poder llegar hasta la noche, mi papá no paraba

de hablar sobre cómo Kat era Team Gale, pero Bea era Team Peeta y que yo tenía que leerlos para desempatar.

Mmmm, no gracias.

Vuelvo a mirar al chico y mi estómago ruge. Es de esas personas cuya expresión neutra es una sonrisa en vez de una mueca. Es molesto.

—Tal vez por eso adoras tanto a tu *Kindle* porque puedes esconder cosas como *Los juegos del hambre*.

Entrecierra los ojos y luego su rostro se desmorona, sus emociones son claras como el agua. Dios sabe que este chico sería un desastre jugando al póquer. Da golpecitos con su pie en el suelo, su rodilla sube y baja.

—Sí, y tal vez tú amas no tener un *Kindle* para poder mostrarle al mundo que eres una cerebritito que lee a Murakami.

Auch. Me doy cuenta de que lo hice sentir mal y, de repente, desquitar todo mi enojo, mi tristeza y mi frustración con un extraño ya no es divertido. Me siento mal instantáneamente.

—Lo lamento, es solo que tengo hambre, calor y tuve el peor día de mi...

Pero no me escucha. Se pone de pie rápidamente, da media vuelta y comienza a caminar por el corredor que lleva a los últimos vagones tan rápido como puede.

Giro y lo observo hasta que desaparece detrás de las puertas del próximo vagón, luego vuelvo a mi libro. Me recuerdo a mí misma que no hay ninguna ley que diga que debes ser amiga de tu vecino de viaje. Apostaría un millón de dólares a que mi libro es mil veces mejor que esa triste historia de chicos matándose entre sí.

No me importa lo que digan los demás, en particular, lo que diga mi papá o un chico básico en el tren.

Pero después de aproximadamente un minuto, cierro mi libro. Es imposible leer cuando todo rebota como un pinball en mi cabeza: cómo será



la boda, qué está haciendo mamá en este momento. En algún momento, cuando todo se haya calmado un poco, ¿volveré a sentirme normal otra vez?

La nieve ahora cae con más fuerza, el clima se está poniendo feo. Por un instante, pienso en enviarle un mensaje a mamá. Ama la nieve más que un niño de siete años en la mañana de Navidad.

* Pero no sé qué decir.

Y no quiero ver todas las cosas que *ya* dijo.

Así que contemplo el paisaje y miro mientras el clima empeora cada vez más y ruego que mi madre encuentre una forma de perdonarme.

Ruego haber hecho lo correcto.